

Javier Fernández

# El Tiétar, valle y río (con parada y fonda en La Adrada)



Me he metido en estas páginas casi de puntillas; no soy historiador, no domino faceta alguna de especialista, se diría que "estoy de más" en esta magnífica publicación. Sólo soy un enamorado del Valle, del río, de todos sus pueblos y de sus gentes. Y creo que esto es suficiente pretexto para realizar una incursión en estas páginas. Comienzo agradeciendo el espacio en blanco que me ofrecen para que lo ocupe a mi gusto y manera, con la única condición de no salirme del valle ni del río.

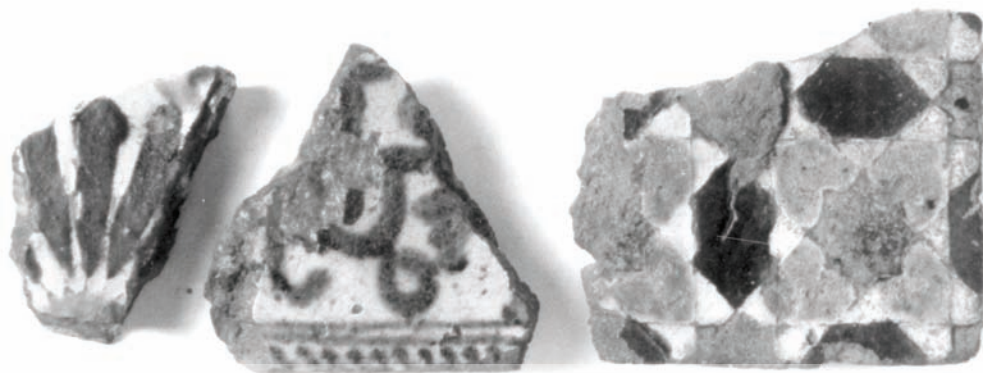
Un paseo que llevo recorriendo hace más ya de tres cuartos de siglo, unas veces andando, otras transportado en algún vehículo, desde

aquel viejo "coche de dos asientos laterales corridos" que unía Sotillo con San Martín, otras muchas en los "gasógenos" o en lo alto de algún camión de maderas, y muchas veces simplemente en cortos paseos y paradas sentado sobre alguna piedra, con la mirada fija en el horizonte sin fin, siempre rodeado de pinos, hermosos ejemplares de albares, negrales o cascaltos, entre bosques de jaras, las "pringosas", admirando ese constante subir y bajar de las pequeñas y rojizas ardillas, o deleitándome con el trino de los pájaros.

Mis recuerdos se han ido acumulando día a día, año tras año, en múltiples viajes, con estan-



Castillo de La Adrada



Azulejos del castillo de La Adrada

cias más o menos prolongadas en lugares concretos, siempre siguiendo el curso del río desde su nacimiento. Ahora que los años acumulados me procuran sosiego, es el momento de abrir la caja de los recuerdos, gozarse con ellos y transmitirlos a las jóvenes generaciones.

Siempre tuve curiosidad por saber, con certeza absoluta, quién dio el nombre a quien, si el río al valle o a la inversa, o si, por el contrario, nacieron gemelos; el río es la arteria principal, sus aguas son la sangre que lleva vida a todo el Valle, y los múltiples manantiales, veneros y fuentes, que forman los arroyos que bajan por los montes, son como las venas que transportan y acrecientan su caudal.

Tiétar, valle y río, se podrían resumir diciendo ¡Vida!, gentes que viven, generaciones que se continúan en la Historia, que la van haciendo, día a día, con hechos gloriosos y con silencioso trabajo cotidiano, siempre anónimo, pero de capital importancia. Sí, es el agua del río la que transmite y sostiene la vida, y por eso los habitantes del Valle, desde aquel lejano día que vinieron a repoblar estas tierras, son gentes, cuyos corazones laten al sostenido ritmo de su corriente.

He recorrido, con el recuerdo y la imaginación, el valle y el río; he vuelto a rememorar los lugares en los que he vivido, o he visitado, y las gentes con las que he convivido; un largo paseo

con la imaginación que ha durado en realidad tres cuartos de siglo.

Conocí estas tierras por primera vez cuando sólo tenía seis años, por ellas paseé mi adolescencia, juventud y madurez hasta llegar al dorado otoño de la vida, cuando terminan las prisas, los agobios.

¿Dónde empezar el relato, dónde detenerme, dónde terminarlo, o es posible resumirlo en unos folios?

No se debe pasar de largo por el valle, no se debe correr; hay que caminar despacio, hay que saborear cada rincón, cada vereda... Y hay que revivir amaneceres deslumbrantes, suaves atardeceres; hay que dormir al raso mirando a las estrellas, hay que tener los ojos bien abiertos y los oídos muy atentos, pues existe una vida secreta, muy íntima, que hay que saborear. Y todo este proceso requiere lo que tanto escasea hoy en día: calma, sosiego. En el valle se puede encontrar todo lo imaginable, pero, muchas veces, hay que ir en su búsqueda; existen lugares, rincones privilegiados, que sólo se descubren sin prisas, y es que hay un mundo dentro de nuestro valle que está reservado a los buscadores de tesoros.

¿Dónde detenerte, dónde dejarte extasiar por lo percibido con la vista, el oído o el olfato? Hay que venir sin prisa, y hay que hacerlo en cualquier época del año, que cada cual guarda celosamente su tesoro escondido, reservado só-



Calle Larga (La Adrada)

lo para los amantes de la Naturaleza. Aquí hay que hablar pausado, escuchar los viejos relatos, estar muy atento a la vieja sabiduría de los antiguos, los que pusieron los cimientos sobre los que se asienta la villa de La Adrada, y de otros tanto lugares bien nombrados.

Hay que ir en búsqueda de esas gentes, como los pinareros, por ejemplo, aún mostrando una especial corvatura en sus cuerpos de tanto subir a gatas esos pinos que "sudan" la resina, durante muchos años el mejor recurso natural de estas tierras. Hay que hacer una pausa con viejos labradores, aquellos que trabajaban de sol a sol y aún les quedaba tiempo para traerse un buen saco de piñotas o un haz de leña para calentar el hogar. Pinareros, labradores, pastores, canteros, arrieros que transportaban la madera en las viejas carretas de bueyes, los piñoneros... Todos estos, y muchos más, fueron los que hacían el pueblo día a día, herederos de sus antepasados, que sólo sabían trabajar y sudar de sol a sol.

Detente, curioso paseante, y habla con ellos, o mejor déjales que hablen, que te cuenten sus historias, las propias y las heredadas; entre todos, y los que ya se fueron, se hicieron los pueblos del valle. La vida que nace cada día, lo que vemos, palpamos y gozamos, se lo debemos a esos hombres y mujeres, rudos, especiales, fuertes como robles y muy austeros. Fueron los que vinieron a repoblar estas tierras fértiles, casi desiertas, hace ya tantos años que se pierden en la memoria.

Dice el viejo refrán que "algo tendrá el agua cuando la bendicen", y estas aguas del Tiétar deben ser milagrosas a juzgar por las bendiciones recibidas. La ruta del Tiétar fue la gran experiencia, por diferentes motivos, de famosos escritores que al llegar al pino de la Media Legua, ya "fallecido", divisaban la villa de La Adrada y se detenían, e incluso hacían parada y fonda, o retenían en su retina lo visto, para después dejarlo plasmado en sus escritos. Me vienen a la



Molino del Castañarejo  
(La Adrada)

memoria algunos nombres, entre tantos, que no puedo dejar de nombrar.

Ciro Bayo y su contemporáneo Pío Baroja, así como nuestros premios Nobel, Cela y Benavente; sería injusto no nombrar a nuestro contemporáneo Fernando Jiménez de Gregorio, con cerca de medio centenar de trabajos sobre el Valle, y al incansable estudioso de estas tierras Pedro Anta con sus escritos históricos tan detallados y atractivos, y a Juan Antonio

Chavarría, justamente premiado por su estudio "Toponimia del Estado de La Adrada" y creador de esta revista. Escritores de fama, renombrados científicos como Duperier (Pedro Bernardo bien sabe su historia), periodistas, historiadores, conferenciantes, músicos, escultores, pintores, han encontrado en el Valle, y en particular en la villa de La Adrada, campo abonado para su inspiración. La fotografía tuvo su más notable exponente en la obra del grupo *Palanga-*

na, que llevaron el Valle del Tiétar a la fotografía paseándolo por diferentes museos del mundo.

Cantautores prestaron su talento y dejaron grabada la voz que cantaba al valle y a sus pueblos; grupos folclóricos (*La Alegría del Soto* en Sotillo) pasearon su nombre por nuestras tierras y cruzaron las fronteras. Las asociaciones han proliferado en todos los lugares y su trabajo se ha convertido en la mejor propaganda. Como ejemplo destacado, por su diario quehacer y las repercusiones que ha tenido, es justo resaltar la Asociación de Amigos del Castillo de La Adrada.

Cada pueblo o lugar del valle "tiene su historia" y sus propagandistas, pero me es imposible hacer aquí una reseña de todos. ¡Algo tendrá el agua cuando la bendicen!

Al mencionar la villa de La Adrada, donde resido de forma permanente desde hace muchos años, pero cuyo recuerdo y vivencias se remontan a los años 30, no me olvido de mis orígenes (por parte de madre) de Sotillo, donde pasé la niñez y primera juventud, hasta mi traslado a esta villa, también por motivos familiares, ya que mi mujer era adradense de "pura cepa". No puedo dejar de nombrar algunas personas que "fueron historia" y que permanecen en mi recuerdo.

Personas y lugares, también espacios de tiempo concreto directamente relacionados con esta villa, fueron: la Feria de los Santos, la Posada de la Tía Conce en la Plaza de la Villa, con su centenaria fuente, tan bien descrita por Carmen Caamaño; la otra fuente de fama, la fuente Cervera; el castillo de don Alvaro de Luna, santo y seña de la villa, hoy felizmente restauradas sus históricas ruinas. La iglesia parroquial de El Salvador, de finales del s. XVI; la ermita de la Yedra, anterior a la iglesia; los famosos molinos de papel, suministradores del monasterio escurialense; molinos harineros y de aceite; el Hospital

de Pobres; la cofradía de la Sangre, con su ermita ...

Entre piedra y piedra, en cada obra, allí había hombres y mujeres trabajando, creando, dando vida: eran "el pueblo de La Adrada", con nombres y apellidos; gentes laboriosas que han dejado su huella indeleble como herencia. Y en cada piedra, en cada recuerdo, y en los que hoy vivimos, estará siempre presente el rumor de las aguas que bajan de los montes para amamantar nuestro río Tiétar. Siempre permanecerán en nuestros corazones esos hombres y mujeres, nombrados y anónimos, que pusieron las primeras piedras de lo que hoy es la villa de La Adrada, la que hoy podemos gozar.

Esta villa es un pueblo vivo, fuerte, en constante progreso; es agradecida a su Historia, a sus antepasados que la hicieron día a día, y la mantienen en el recuerdo, pero que, sin olvidar las tradiciones, la herencia, sin olvidar, avanza con paso firme en estos nuevos tiempos, abierta a todos, acogedora siempre, y muy orgullosa de su pasado.

Vengan a visitarnos, vengan a conocernos. Les esperamos con los brazos abiertos.